

## DISCURSO SOBRE LA FELICIDAD

Frecuentemente, pensamos que es difícil ser feliz y tenemos muchas razones para pensarlo; pero sería más fácil llegar a serlo si en los hombres las reflexiones y los propósitos precediesen a los actos. Nos dejamos llevar por las circunstancias y nos entregamos a esperanzas que solo nos conceden la mitad de lo que esperamos; y al final solo comprendemos con nitidez los medios de ser felices cuando la edad y los escollos que nos hemos impuesto obstaculizan la posibilidad de serlo.

Adelantemos esas reflexiones que se hacen cuando es demasiado tarde: quienes las lean encontrarán lo que la edad y las circunstancias de su vida les proporcionarían muy lentamente. Impidámosles perder una parte del tiempo, corto y precioso, que tienen para sentir y pensar, y que no pasen calafateando su barco el tiempo que deberían emplear en procurarse los placeres de los que pueden disfrutar durante la navegación.

Necesitamos, para ser felices, deshacernos de los prejuicios, ser virtuosos, estar sanos, tener deseos y pasiones, ser susceptibles de ilusiones, ya que debemos a la ilusión la mayor parte de nuestros placeres, y ¡pobre del que la pierde! En lugar de intentar que desaparezca blandiendo el portaestandarte de la razón, tratemos de aumentar el brillo que la ilusión deposita sobre la mayoría de los objetos. Es para ellos más necesario de lo que son para nuestros cuerpos los cuidados y los adornos.

Para empezar, tenemos que decirnos y convencernos de que lo único que tenemos que hacer en este mundo es procurarnos sensaciones y sentimientos agradables. Los moralistas que dicen a los hombres: «Dominad vuestras pasiones y reprimid vuestros deseos si queréis ser felices», no conocen el camino de la felicidad. Solo nos hacen felices los deseos y las pasiones satisfechas; digo deseos, porque no siempre se es lo suficientemente feliz para tener pasiones, y hay que contentarse con deseos. Por lo tanto, son las pasiones lo que habría que pedir a Dios, si nos atreviésemos a pedirle algo; y Le Nôtre tenía mucha razón cuando pedía al Papa tentaciones en vez de indulgencias.

Pero, me dirán, las pasiones pueden producir más desgracias que dichas. No tengo la balanza

necesaria para pesar, en general, el bien y el mal que han causado a los hombres, pero hay que tener en cuenta que los desgraciados son conocidos porque necesitan a los demás, les gusta contar sus desgracias y buscan con ello remedio y alivio. Las personas felices no buscan nada, y no van informando a los demás de su felicidad; los desgraciados son interesantes, las personas felices son desconocidas.

Y esta es la razón por la que cuando dos amantes se han reconciliado, cuando sus celos han terminado, cuando han superado los obstáculos que los separaban, ya no son adecuados para el teatro; la obra ha terminado para los espectadores y la escena de Rinaldo y Armida no tendría tanto interés si el espectador no supiese que el amor de Rinaldo es efecto de un encantamiento que debe disiparse, y si la pasión que Armida muestra en esa escena no hiciese su desgracia más interesante. Los motivos que actúan en nuestro interior para emocionarnos en las representaciones teatrales son los mismos que actúan en los acontecimientos de la vida. Se conoce mejor el amor por las desgracias que causa que por la felicidad a menudo oscura que esparce sobre la vida de los hombres. Pero supongamos por un momento que las pasiones ocasionan más desgracias que